

clásica se halla una obra. Son diversas las causas: étnicas, raciales, culturales, geográficas, históricas, sociales y económicas, que en una época y en una literatura facilitan o dificultan la obtención de ese equilibrio de facultades y de esa completa proporción entre la idea y la forma que los griegos llamaron "sofrosine". En Grecia nace la belleza bajo un viento de libertad y se extiende su imperio de serenidad y de armonía, creado por el espíritu, en el momento propicio de la humanidad, para dejar a la admiración de los hombres, en ideas y en formas de una riqueza infinita, las más altas y nobles expresiones de la cultura y del arte.

Carlos Martín

LEIBNITZ Y LOS ESTUDIOS FILOLOGICOS

Por GABRIEL ROSAS

Creíase en tiempos de Leibnitz que el hebreo era la lengua primitiva, y que de ella han salido, como de fuente común, todas las lenguas conocidas. Para varios Padres de la Iglesia y algunos teólogos de la Edad Media, la lengua primera no podía ser sino el hebreo, y esta creencia era racional. El hebreo, dice San Jerónimo, siendo la lengua del Antiguo Testamento, debe ser naturalmente el principio de todas las lenguas humanas.

Con San Jerónimo piensan San Agustín (1), San Juan Crisóstomo (2) y los intérpretes Salmerón (3), Cayetano (4) y Peireira (5). Teodoreto se decide por la lengua siríaca (6), y San Gregorio Niseno afirma (7) que la lengua primitiva se perdió. Dom Calmet, en un trabajo especial sobre esta materia (8), no formula una conclusión absolutamente afirmativa, y para el sabio abate Darras (9) la cuestión es insoluble. Escritores modernos, entre los cua-

(1) *De Civit. Dei*, lib. XVI, C. XI. L. XVIII, C. XXXIX. "La lengua dada primitivamente por Dios a Adán, dice este Padre, se conservó en la familia de Heber cuando las naciones se dispersaron por la confusión de las lenguas."

(2) *Homilia XXX, In Genes.*

(3) *Proleg.*, XIV.

(4) *In Genes*, II, I.

(5) *In Genes*, XVI, disp. VIII.

(6) *Quoest. LXI in Genes.* Teodoreto consigna en este lugar la doctrina que la ortodoxia ha aprobado sobre la materia en cuestión: "La fe, dice, es extraña al debate y la piedad misma nada gana ni pierde con la afirmativa o la negativa sobre este asunto".

(7) *Oratio XII contra Eunom.*

(8) *Dissertation sur la premiere langue et sur la confusion arrivée à Babel (Biblia de Vence).*

(9) *Histoire de l'Eglise. t. I.* Véanse las palabras de Darras: "Pour se pro-

les se distinguen el R. P. Champión, S. J. (1) y el abate Moigno (2) se esfuerzan en rehabilitar la aserción de San Jerónimo, invocando como decisivo el argumento de que los nombres propios del Antiguo Testamento presuponen etimología hebrea; argumento débil, ora porque, como acertadamente discurre el R. P. Mir y Noguera, S. J. (3), abre igual camino al árabe, siríaco, caldeo y a toda lengua semítica para pretender la honra de originales, ora porque podía muy bien Moisés traspasar los nombres apelativos al hebreo, o tomarlos del pueblo en cuya boca corrían vestidos del traje nacional y tenidos ya por propios.

El hebreo se nos presenta, con efecto, en los límites de los tiempos históricos como una lengua única, excepcionalmente fecunda para exponer todas las ideas morales, a Dios y su plan, al hombre y sus deberes, a la humanidad y sus destinos; lengua llena de fuego y de poesía, dotada de estas ricas flexiones que animan y personifican la palabra, y que, en el gran sentido de los vocablos, son la imagen viva de Dios y de la naturaleza. Nada más natural que tomar tal lengua por la lengua primitiva de la humanidad, pero nada más difícil que dar de ello una prueba racional y menos científica. Esfuerzos inauditos han costado todas las tentativas hechas con tal fin (4), mas no podemos considerarlos estériles, porque ellos condujeron a Leibnitz a afrontar el problema y a preguntarse con su

noncer en effet d'une maniere definitive, il faudrait etre assuré que la langue primitive d'Adam fut conservée au milieu de la confusion de Babel, et qu'elle serait alors devenue l'idiome particulier d'une des tribus descendant de Noé".

(1) LES PSAUMES ou études préparatoires à l'intelligence de ce livre sacré.

(2) *Les Splendeurs de la foi*, t. II. Este autor, alejándose a gran distancia de los progresos alcanzados en nuestro siglo por la filología comparada bajo la pluma de sabios como Bopp (*Gramm. comp.*), Schleicher (*Vergleichende Grammatik*), Grimm (*Deutsche Grammatik*) y Max Müller (*Lectures on the science of language*), establece esta conclusión categórica: "L' hebreu seul a sa raison grammaticale et historique, seul il s'explique et se developpe sans aucun secours: donc l' hebreu est cette langue primitive mère et nourrie de toutes les autres."

(3) *La Creación*, 2ª edición, C. XLI.

(4) Guichaw llegó a sostener que estando escrito el hebreo de derecha a izquierda y el griego de izquierda a derecha, se pueden remontar las palabras griegas al hebreo leyéndolas de derecha a izquierda (!). Max Müller cita (*Lectures on the science of language*) un ejemplo curioso de la exégesis rabínica, consistente en reducir todas las letras hebraicas a su valor numérico, y en explicar luego unas palabras por otras que representen idéntica cantidad.

eminente espíritu filosófico si el hebreo en su forma actual no es más bien que la lengua primitiva, uno de los productos de la confusión en Babel de la palabra humana. Ni un solo pasaje del nuevo Testamento nos obliga a creer cuál fue la lengua de Adán y de toda la tierra.

Dicho se está que si a Leibnitz no parecía el hebreo la lengua primitiva, debía despreciar por ridícula la teoría de Kempe, quien en su obra sobre la lengua del paraíso sostiene que Dios habló a Adán en sueco, a Eva en danés y a la serpiente en francés, o la tradición persa, según la cual tres lenguas fueron habladas en el Edén: el árabe por la serpiente, el persa por Adán y Eva y el turco por el Arcángel San Gabriel.

Leibnitz fue el primero que despejó el terreno en materia de lenguaje del secular obstáculo que oponía a todo progreso en tan curioso asunto, la creencia de que el hebreo es la lengua primitiva. "Llamar, decía, el hebreo la lengua primitiva, vale lo mismo que llamar primitivos troncos los árboles. Tal idea se puede concebir, pero no está en armonía con las leyes de la naturaleza ni con el orden del universo, es decir, con la divina sabiduría". Y no se limitó a esto, sino que fue el primero en aplicar los principios de una rigurosa inducción a un departamento que hasta entonces se había estudiado sin método, en demostrar la necesidad de comenzar por recoger el mayor número posible de hechos, y en dirigirse a los misioneros, a los viajeros, a los príncipes y a los emperadores para pedirles su concurso en labor tan amplia como de inapreciable importancia.

Léense con admiración estas palabras de Leibnitz en su *Dissertación sobre el origen de las naciones*: "El estudio de las lenguas no debe ser dirigido sino por los principios de las ciencias exactas. ¿Por qué comenzar más bien por lo desconocido que por lo conocido? Es manifiesto que nosotros debemos estudiar primeramente las lenguas modernas que están a nuestro alcance, a fin de descubrir sus diferencias y sus afinidades, pasar en seguida a las lenguas que les han precedido para establecer su filiación y su origen, y ascender así progresivamente hasta a los dialectos más antiguos. Sólo este análisis nos dará los únicos resultados ciertos".

Esta luminosa visión de Leibnitz fue el principio de la ciencia del lenguaje. Los jesuitas en la China no desoyeron la voz del sabio y el ilustre viajero Witsen le envió un presente curiosísimo, la tra-

ducción de la oración dominical en el dialecto de los Hotentotes. Nuestro filólogo con esa actividad prodigiosa que en todo revelaba, compuso una lista de los términos más usados y sencillos que debían tomarse como puntos de comparación entre las diversas lenguas, y en su propia patria, mientras se ocupaba en las investigaciones históricas de que se ha hablado, reunió todo cuanto podía dar luz sobre el origen de la lengua alemana, sin despreciar, como hasta entonces se había hecho, los patúas y los dialectos, que eran mirados en materia de lenguaje como esas raras curiosidades antiguas que se guardan con esmero en los museos artísticos. Leibnitz distinguió una clase jafética y otra aramenia, de las cuales la primera ocupó el Norte y la segunda el Mediodía del Asia y de la Europa, y creyó en el origen común de las lenguas y en la emigración de la raza humana del Oriente al Occidente; de modo que si él hubiera tenido tiempo para desarrollar sus vastas concepciones, si hubiera sido bien comprendido por los sabios de su tiempo, la ciencia del lenguaje habría hecho tiempo há los progresos con que hoy la vemos brillar.

Ya en los últimos años de su vida, cargado con los laureles de otras preciosas conquistas, en 1713, dirigió a Pedro el Grande desde Viena una célebre carta (1) que demuestra no sólo su amor a la nueva ciencia naciente en sus propias manos, sino su anhelo por la propagación del cristianismo. "Yo, dice, me he permitido insinuar que las numerosas lenguas desconocidas hasta hoy y no estudiadas, que se hablan en el imperio de Vuestra Majestad y en sus fronteras, sean puestas por escrito. Quisiera también que se hiciesen diccionarios o al menos vocabularios, y que nos procurásemos en estos idiomas traducciones del Decálogo, de la Oración dominical, del Símbolo de los Apóstoles y de otros puntos del catecismo, *ut omnis lingua laudet Dominum*. Todo esto aumentaría la gloria de Vuestra Majestad, que reina sobre tantos pueblos, y que desea tan vivamente verlos marchar en la vía del progreso. De otra parte, comparando estas diferentes lenguas, nos pondríamos en la vía de descubrir el origen de esos pueblos, que desde la Escitia que os está sometida, se difundieron en otras comarcas. Pero sobre todo, tal empresa contri-

(1) Esta carta —escrita por Leibnitz en alemán— figura *in extenso* en la edición de Foucher de Careil. Toda la correspondencia de Leibnitz sobre la Rusia contiene observaciones sobre el estudio de las lenguas, mayormente un proyecto extenso que trabajó para el Czar, interesado en la civilización de aquel grande imperio.

buiría a propagar el cristianismo entre las naciones que hablan esos dialectos." Estos nobles propósitos no le abandonaron jamás, pues pocos meses antes de su muerte, el 20 de Junio de 1716, apelaba al concurso del barón de Schaffiroff.

Era lógico que el estudio de las lenguas condujese a Leibnitz al del origen del lenguaje, punto asaz controvertido por los filósofos de todos los tiempos. Su teoría sobre esta materia ha originado una discusión luminosa en que han tomado parte varios escritores notables, entre éstos William Hamilton, Adam Smith, decidido adversario de Leibnitz, y Max Müller. Para Leibnitz los términos generales constituyen la esencia del lenguaje. "Los niños, dice, y todos aquellos que conocen poco la lengua que quieren hablar o la materia de que tratan, se sirven de términos generales, como *cosa*, *planta*, *animal*, en vez de emplear los términos propios que ignoran. Es seguro, por lo tanto, que todos los *nombres propios* o individuales han sido originariamente *apelativos* generales, y que casi todas las palabras revisten este carácter. En efecto, como muy raras veces sucede que se invente un nombre expreso sin razones para señalar algún individuo determinado, puede concluirse que los nombres de individuos eran nombres de especies, los cuales se daban por excelencia a algún individuo, como *cabezón* a aquel de todo el pueblo que tenía cabeza más grande o que era el más considerado entre los cabezones conocidos" (1). Sin entrar en el fondo de este debate —de suyo complicado y que exige grandes detalles— me limitaré a indicar que Hamilton sustituye a los *términos generales*, alma para Leibnitz del lenguaje, los *conceptos vagos e indistintos*, y que Max Müller, autoridad de primer orden en la ciencia filológica, se pronuncia, con ligeras variantes, en favor de la teoría leibnitziana, cuando dice: "Nosotros comenzamos realmente por conocer las ideas generales, y precisamente por medio de ellas percibimos primero y nombramos luego los objetos individuales a los cuales no es posible adherir una idea general. Sólo en una tercera faz de nuestro espíritu estas cosas individuales, después de haber sido así reconocidas y nombradas, vienen a su turno a representar clases enteras, y sus nombres propios se cambian en apelativos."

El filólogo de Leipzig concuerda admirablemente con el Angel de las Escuelas, quien tanto en el campo de lo sensible como en el

(1) Cf. *Nouveaux Essais*, Lib. III, C. I y III.

intelectual defiende la prioridad del conocimiento imperfecto o común, considerado como acto incompleto, que es el término medio entre la potencia y el acto perfecto. El conocimiento claro, distinto, individual, científico, no se adquiere desde luego: han de mediar, antes de que lleguemos a él, nociones incompletas, comunes e indeterminadas.

Lo universal se toma de dos modos: por la naturaleza de la cosa, con intención de universalidad, o con prescindencia de esta intención. En el primer caso, lo universal es posterior a todo otro conocimiento; en el segundo, lo más común es anterior en nuestro espíritu a lo menos común. En otros términos: el conocimiento directo es anterior al reflejo. Si se trata del primero, lo más universal existe potencialmente en lo menos universal, como el todo en la parte, v. gr., la substancialidad en la materia.

“Por los sentidos, dice el gran Doctor, discernimos primeramente lo más común que lo menos común, en orden de lugar y de tiempo. En orden de lugar, porque si vemos de lejos un objeto primero le percibimos como cuerpo que como animal, primero conocemos que es animal que percibir que es hombre, y primero lo conocemos como hombre que como hombre determinado, es decir, que es Sócrates o Platón. En orden de tiempo, supuesto que el niño distingue desde el principio primero al hombre de lo que no es hombre, y luego un hombre de otro” (1). El lenguaje, espejo fiel del pensamiento, sigue leyes análogas a las de la formación de las ideas, y si éstas son en sus gérmenes comunes e indistintas, el lenguaje no ha podido comenzar por los términos concretos e individuales.

El proceso de la generalización para formar el lenguaje aparece claro en el curioso ejemplo que trae Max Müller (2) sobre el origen de las palabras *antro*, *caverna*. *ANTAR* significa en sánscrito *entre, en el interior*, y así *antro* ha debido significar originariamente lo que está adentro o en el interior de la tierra o de cualquier cosa; de consiguiente este nombre no ha podido aplicarse a una cavidad particular ni a otras semejantes, antes que el hombre hubiera

(1) *Lectures on the science of language*, l. q.

(2) *Summa theologiae*, 1^a, q. 85, a. 3, c. Santo Tomás resume así en el mismo lugar su doctrina en este punto: “Est ergo dicendum, quod cognitio singularium est prior quoad nos, quoad cognitio universalium; sicut cognitio sensitiva, quam cognitio intellectiva: sed tam secundum sensum, quam secundum intellectum cognitio magis communis est prior, quam cognitio minus communis”.

conocido la idea general de la existencia en el interior de algún objeto, o sea antes de haber sido formada la raíz pronominal *an*. Lo propio puede decirse de la voz *caverna*. Antes que cueva o profundidad recibiese la denominación de *caverna*, el espíritu debió recibir la idea general de *hondo* o *hueco* donde el hombre pudiese estar al abrigo o a cubierto. La idea general de cubrir existía ya antes de ser aplicada al asilo en las rocas o en los árboles, y de aquí que en la palabra *caverna* se encuentre la raíz sánscrita *ku* o *sku*, que expresa esa idea general.

La curiosidad despertada por Leibnitz sobre el estudio de las lenguas no se ha extinguido desde entonces. Una vez que se reconoció cuánto importaba reunir como en un herbario completo las lenguas de la humanidad, los misioneros y los viajeros han mirado siempre como un gran deber formar textos de palabras y componer gramáticas. El siglo XVIII, que abrió sus puertas a innovaciones desatentadas e infecundas, no recibió para beneficiarlo el precioso legado de la labor leibnitziana. Esa gloria, por lo que respecta al lenguaje, estaba reservada al nuestro, en cuya aurora aparecieron las dos primeras obras magistrales en que se ve brillar, después de prolongado olvido, el método de Leibnitz: el *Catálogo de las lenguas* por Hervás, insigne jesuita español, y el *Mitridates* de Adelung, profundo filólogo alemán. Ambos reconocen cuánto debe a nuestro sabio la ciencia del lenguaje.

Para hacer el elogio de Leibnitz en este campo no es necesario, ni sería éste el momento para ello, seguir los pasos de la filología en el presente siglo. Basta hablar de sus recientes progresos, manifestados con admiración del mundo científico en múltiples obras, pero especialmente en la monumental gramática comparada de Bopp, quien, aplicando sabiamente el procedimiento adivinado por Leibnitz, analiza las lenguas, descubre sus raíces comunes, establece su filiación, marca sus afinidades y sus diferencias y las divide en tres grandes clases: idiomas sin raíces verdaderas, sin facultad de composición, sin organismo ni gramática, como el chino; idiomas de raíces monosilábicas susceptibles de combinarse entre sí, como los de la familia indo-europea, a que pertenecen el griego y el latín, e idiomas de raíces verbales disilábicas, con tres consonantes necesarias que expresan el sentido fundamental, como son todas las lenguas semíti-

cas (1). Merced a este método rigurosamente científico, se ha consignado el principio de que ni el hebreo es la lengua primitiva de la humanidad, ni el latín se deriva del griego, ni éste del sánscrito, sino que estas dos lenguas son hermanas e hijas del tronco ariano cultivado por un gran pueblo en las regiones centrales del Asia. Y por lo que respecta a la hermosa lengua castellana y sus congéneres, ellas han recibido también la poderosa influencia del nuevo método, y encontrado, como dice nuestro ilustre filólogo don Rufino J. Cuervo, un explorador sapientísimo en el profesor alemán Federico Diez, cuya *Gramática de las lenguas romanas* es monumento de erudición y de laborioso análisis. La filología comparada ha hecho más todavía: ha modificado profundamente la etnografía y la historia, ilustrado la exégesis bíblica, transformado los estudios mitológicos y de epigrafía, e iluminado con luz inesperada, como dice Bréal, el pasado de la humanidad (2).

Gabriel Rosas.

(1) *Gramm. comp.* 108. Traducción de Bréal, París, 1875—1878.

(2) Por eso sorprende la mirada profética de Leibnitz al considerar que el estudio de las lenguas había de servir de luz para otros departamentos científicos, sobre todo para las investigaciones históricas. "*Cum remota gentium, dice, origenes historiam transcendant, lingue nobis proestant veterum monumentorum vicem*".

FRANCISCO DE VITORIA Y SU EPOCA

Por RENATO MENDEZ

Difícil es, sin duda, reconstruir en la actualidad el estado tormentoso de Europa en los siglos XV y principios del XVI. En esta época se entrecruzaban todas las corrientes espirituales de dos edades antagónicas: Escolástica, Nominalismo, Humanismo, Protestantismo y Galicanismo teológico.

El Nominalismo fue extendiéndose hasta los últimos colegios europeos, y asentó sus reales en aquella institución que fue el cerebro del mundo, medioeval: la Universidad de París. Guillermo de Ocham con sus argucias dialécticas y su vacío determinismo, clavó sus garras en los cerebros de los maestros parisienses, relegando a segundo término la doctrina de Tomás de Aquino.

Caracterizándose por un desprecio hacia las humanidades, por el abuso de la dialéctica y pasión extrema por cuestiones inútiles y extravagantes, era el Nominalismo un barreno que minaba poco a poco los mismos fundamentos del Escolasticismo. Los conceptos de substancia y causa ya no tenían otro valor que el que les daba la experiencia. El principio de causalidad perdía toda su fuerza; las pruebas trascendentales de la existencia de Dios se convertían en conjeturas. En ética, por este camino, se llegaba a un relativismo cuyas consecuencias Lutero se encargaría de poner en relieve. El Dialecticismo inútil y el Psitacismo teológico, resultado lógico del Nominalismo que reinó en las Universidades.

En el Siglo XIV comenzó a rugir un nuevo enemigo de la Iglesia: el Regalismo. A medida que las naciones se iban formando, los reyes ensoberbecidos de su poder, no contentos con su omnipotencia en el orden temporal, trataban de adueñarse de las mismas conciencias de sus súbditos. Al Regalismo uniéronse en los Siglos XV y XVI el Humanismo exagerado y el Luteranismo, haciendo causa contra el Escolasticismo, firme baluarte de la teología católica.